

A ti, pueblo mío, que no puedes morir

Empujones, codazos, atropellos, encontraron terreno bien abonado en una población que comenzaba a despertar a la vida, ansiosa cada vez más por echarse a la calle, alforja al hombro y salir hacia esas tierras de promisión, que tanto costó alcanzar, si es que alguien las encontró.

Mas no llevaban a la cabeza un Moisés, de guía en quien confiar, ni contaron con maná alguno que nutriera sus mentes y aun sus cuerpos, vírgenes y puros aún, dispuestos al holocausto por llegar al final del camino, aunque después supieron que el camino emprendido no tenía final. Solo había fe en su futuro; no volvieron la mirada atrás como temiendo la maldición de la tierra que se abandona.

Y contemplaron de cerca el becerro de oro que presurosamente les habían preparado, resplandeciente, pulido, y su voluntad quedó atrapada sin remedio ya, envilecidas sus mentes, sus deseos; quedaron sus cuerpos aprisionados, muchos a mitad del camino, otros en sus destinos finales; y quedaron todos desposeídos de su identidad, los unos llorando hacia dentro tragedias que engrosaron las gélidas estadísticas; otros por fin manosearon sus becerrillos con alborozo, aquellos riendo hipócritamente no sé qué clase de dicha alcanzada a costa quien sabe de qué infinitos lamentos, sinsabores y privaciones, que les embrutecieron dócilmente hasta situaciones que ellos jamás habrían osado pensar; éstos conformados y confortados con la pura y simple satisfacción del deber cumplido, que de todo ha habido, tras un largo camino que ya presuponían hollado de dificultades y espejismos y para el cual se habían preparado.

Larguísimos años de peregrinaje por este infinito desierto, han moldeado al fin las mentes y los cuerpos ya un poco cansados añorando el perfume de las tierras que les vio nacer, donde tienen su postrer morada tantos seres queridos, donde quizás querrían reposar ellos también, si el destino aciago no pusiera tantos y tantos obstáculos.

Bezas querido, pueblo mío, como tantos otros pueblos hermanos en el infortunio. Tragaste sí, pero sin poder digerir tanto daño causado inconscientemente por tus propios hijos, que ya no hablo del otro gran daño que ajenos te causaron. Sufriste cuando los viste partir ingenuamente alborozados, sin reparar siquiera un poco en ese daño que te hacían, tantos sin decirte adiós, y sin darte un mal abrazo de despedida.

Largos años aguardaste sorbiéndote las lágrimas de pena, y observaste que ya muchos de tus hijos no volvían y no preguntaste, lo sabías; y llegaste a pensar que quizás ya jamás te dedicarían unos pocos minutos de compañía, un simple recuerdo en sus momentos de dolor, cuando se recuerda a la madre, a las cosas más queridas; y supiste seguir adelante, bien que pobremente pero aferrado con firmeza a la vida.

A ti que tienes derecho, más que nadie, a darles consuelo y el plácido reposo que fueron buscando ansiosamente y que sabes que no encontraron, ingratos ellos; hasta te querían negar el inmenso gozo que ahora te produce tenerlos a tu lado.

Llegó al fin el día, apagado el fogoso e insaciado deseo, cuando a cada cauce viejo, semiseco, le han nacido vocaciones de río en que la turbulencia de las aguas hasta devuelven a los seres a su origen, no importa a costa de qué sacrificios, a cuanta resistencia y valor para remontarlas.

Es bien cierto que no todos logran retornar, que la corriente impetuosa y traidora, aunque siguiendo el imperativo de la vida, se llevó a muchos y, consuélate, quien sabe si con tu nombre en su pensamiento y un adiós en sus labios cuando se nos fueron.

Míralos si no, a los que quedan, a los que vuelven, tantos con la huella del dolor que llevan y que ya no cuentan, porque el dolor es ya sólo suyo, pero pletóricos de vida aún. Mira como al fin todos llegan y multiplicados y llenos de nuevo valor y decididos a ponerse en paz contigo.

Míralos a todos paseando felizmente por tus bonitas calles y paseos, cómo respiran el aire silencioso y puro de tus inmensos pinares; como apagan su sed y beben salud en tus fuentes y tus grifos de agua cristalina y pura que no tiene rival; míralos como dan vida y lozanía a su espíritu en una contemplación continua de tanta belleza como tú encierras.

Tú, pueblo mío, no puedes morir. Míralos como te han traído savia nueva, que lleva la sangre que tú les diste, y te llenan de piropos y halagos, que yo sé que a ti te gustan.

También a ti, Bezas mi pueblo querido, viejo y nuevo a la vez, bonachón, tranquilo y bruto, que de todo tienes y bullanguero a un tiempo, te gustan aunque no lo digas que tus hijos sean así; y como te encanta que expandan tu corto nombre de pila, con sabor a fresca huerta, por otros confines. No ocultes rubores, se te nota.

Ya estás más sereno, que buena falta te hacía. Tienes mucha razón al pensar que tus hijos no te dejarán morir, destierra para

siempre esa palabra, es odiosa y si antes lo intentaron, ahora no podrán; tú no morirás. Nuestras visitas serán siempre más frecuentes, más largas, más alegres; nuestras despedidas ya no serán tristes, serán solo emotivas, y cada año nuevas ilusiones, nuevos hijos llevaremos.

Que no era un sueño, que lo has visto, que tus hijos se han vuelto así. También en mí hizo presa la emoción al leer tantos y tan bonitos cuentos infantiles con tu nombre siempre repetido; viste como esas mismas manos dibujaron tus plazas, tus calles, tus fuentes, tus pinos, tu escudo, porque también tú te mereces un escudo; y no me negarás que lloraste bajito, para que no se te oyera mucho, al oír recitar esa bellísima poesía dedicada a tu tío Regajo, que tanto emocionó al público que llenaba tu espléndido cine.

Y qué me dices de esos bellos juguetes cómicos, representados por ese grupo infantil, que lleva sangre bezana, de tan distintas procedencias, pero que nunca falta a la cita y que tanto te quiere; pregúntales si no a Eusebio y a Enrique y a sus colaboradores que tú bien te conoces; ellos mejor que yo te dirán que es cierto, que la semilla para que todo esto no se pierda ya está sembrada y tú sabes que ha de germinar con normalidad.

Que no es un sueño, que lo notaste en tu propia carne, esa ya tradicional y emocionante carrera popular, por tus calles y riberas; ponte al día hombre, no te dé pena que el primer trofeo no fuera para un hijo tuyo; consuélate, orgulloso puedes estar de que la copa se fuese a Francia y adorne una vitrina en París, que no todos los pueblos pueden decir otro tanto. Tu nombre figura ya en una vitrina junto a trofeos internacionales.

Y cómo te comportaste con la gran chiquillería, esos niños tan necesarios, a los que tanto quieres y que tan pocos tienes durante otras épocas del año, que siempre vienen a verte y te adoran, los que mañana hombres, no te preocupes, te seguirán queriendo, los colmaste de agasajos y trofeos que ellos guardarán cariñosamente; viste como limpiaban tus calles para que estuvieses guapo cada día.

Y de ese medio centenar de abuelos, esos que cada día serán más, a quienes agasajaste tan cariñosamente qué me dices... Ellos saben que no eres rico, pero sí generoso; ellos te lo agradecen y bien que les sabrán las sopicas de ajo en esos peroles tan majos.

Y gozaste de lo lindo con ese grupo jotero "Alegría del Jiloca", y bien que te gustaron esas jotas de picadillo; que yo te vi que te ponías coloradico, aunque tú ya estás curado de sustos, porque se han dicho tantas cosas por tus calles...

Y qué me dices del señor Labordeta. Hacía muchísimo tiempo, quizás jamás habías visto tanta gente alegre y jamás tampoco tuviste que soportar tanto humo de coche por tus immaculadas calles, y ¡cómo estaba tu plaza Mayor...! a pesar de la lluvia, que fue bastante inoportuna. Sí, ya sé que los Mayos que cantaron solo se parecen un poco a los tuyos, que tú los sabes muy bien; pero chico, hacía tanto tiempo que en tus calles no se cantaban. ¿Te acuerdas qué fiesta aquella...? Pero estos son otros tiempos, eso ya no es posible ahora.

Chico, que no te privaste de nada; tu gran partido de fútbol, que para eso tienes tu campo de Las Ramblas; voleibol, balón tiro en esa estupenda plaza mayor, por equipos de mujeres y hombres, éstos muy brutotes, cómo tiraban a la sogá, barra aragonesa; aquéllas muy majas, muy garbosas, no lo negarás y además todos grandes deportistas.

Pero algo paganote sí que lo eres, pues aunque estuviste presente en los actos religiosos y echaste las campanas al vuelo, se te nota mucho las ganas de juega que tienes. Recuerda si no ahora tranquilamente esos prolongadísimos bailongos en la plaza, a cargo de ese jovencísimo conjunto de Teruel “Movimientos en falso”. Esos concursos de disfraces tan ingenuos y encantadores unos, tan descocados y atrevidos otros, como esa pareja de mujeres alegres del Barrio Chino de Barcelona a cargo de Paco y Agustín; y la señora Croqueta de TVE, ¿qué me dices...? No lo niegues no, sé que le dedicaste piropos por lo bajinis, y en realidad que se lo merecía la moza.

Y tantas y tantas cosas más. Y los toros, que ya no puedes prescindir de ellos, ¿pero de dónde te ha venido semejante afición...? Y claro que me gustó y lo pasé muy bien con la vaquilla ensogada por tus calles; algo de miedo sí que pasé, pero creo que merece la pena que siga adelante, pero advierte a tus mozos que tengan mucha precaución.

Y la comida de hermandad en tu plaza mayor. Pueblo unido, sí señor, como debe ser; qué extraordinario comportamiento el de tus gentes, aunque alguna excepción habría, que tú bien sabes que hay cabecicas cuadradas y obtusas por todas las partes, pero chico, que vayan aprendiendo que ya es hora; lo importante es que todos departieron alegremente y compartieron tan suculenta comida; bien se lució Juan José Soriano, ese cocinero de Teruel, y Eusebio ese valedor tuyo que tanto te quiere, y ese ramillete de guapas mujeres que todos los años se les ve colaborar con tanta ilusión y a las que hay que dedicar el mejor piropo.

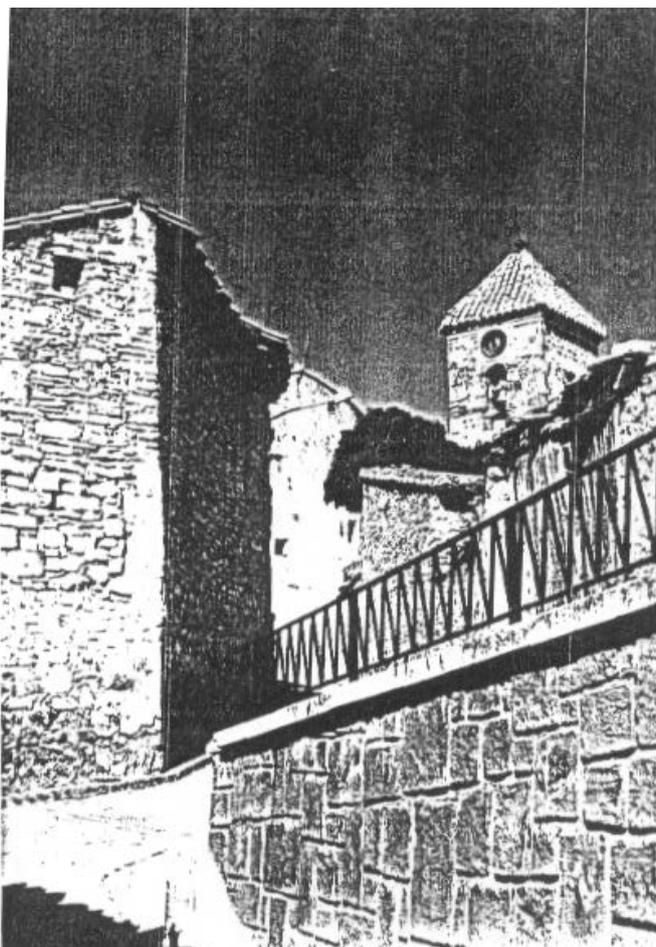
Muy bien querido alcalde de Bezas; muy bien esa comisión de fiestas que tan bien supo hacerlo; muy bien a esos colaboradores que nunca faltaron; muy bien vecinos del pueblo; muy bien veraneantes.

Adelante todos siempre, mejorando cada año al anterior si es posible, pero queriendo cada vez más a nuestro pueblo; Bezas bien se lo merece.

Publicado en Diario de Teruel el 11 de Septiembre de 1.984.

NOTA DEL AUTOR:

De la lectura de este artículo he observado alguna pequeña omisión, alteración o distorsión de frases o palabras, en relación al borrador original; errores sufridos, sin duda alguna, involuntariamente por el periódico.



BEZAS. Calle de la Iglesia.

Foto J. Sanchez

NOTA: Motivó este artículo tan efusivo, un momento de reflexión, tras las fiestas de 1.984. Hacía pocos años se cambió la fecha de fiestas, de 8 de Septiembre al mes de Agosto, por motivos sociológicos. Para el cambio hubo muchas reticencias y resistencias; los reacios a los cambios fueron muchos, porque hacía falta algo de generosidad y desprendimiento, y muchos no lo aceptaban. Al final todo salió bien.